

PQ 9261
E3
P7
V2

PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

BMU Raúl Rangé Films
UANL
FONDO
RODRIGO DE LLANO

FONDO
RODRIGO DE LLANO

EL PRIMO BASILIO

(TOMO SEGUNDO)

VIII

¡Cuánto pesó a Luisa la soledad de su cuarto! Sentía impaciencia por prolongar la excitación de la tarde. Quiso leer y arrojó el libro; las bujías encendidas en el tocador le parecían tristes, y se asomó a ver qué noche hacía.

—Tráigame usted un chal; vamos a casa de doña Leopoldina—dijo a Juliana.

Llegaron y salió a abrir Justina, después de un buen rato, en camisa y despeinada. Parecía asustada.

—La señora fué a Oporto.

—¡A Oporto!

—Sí; estará allí quince días.

Luisa quedó contrariada; pero no quería volver a casa: la asustaba su cuarto solitario.

—Vamos un poco hacia abajo, Juliana; la noche está deliciosa.

Tomaron la calle de San Roque, y como guiadas por las líneas de puntos de gas que bajaban hasta la calle de Alecrim, llegaron al Hotel Central.

¿Estaría allí? ¿Pensaría en ella? ¡Si pudiese sorprenderle, arrojarle en sus brazos, registrar sus maletas!...

Entraron en la plaza de Camoens. La gente paseaba bajo la sombra de los árboles; cuchicheaba en voz baja sobre los bancos; bebía agua fresca; el brillo de las vidrieras de las tiendas rasgaba la obscuridad en torno, y el lento rumor de los coches se apagaba entre los agudos gritos de los vendedores de periódicos.

Un individuo con sombrero de paja, se acercó con tal intención que Luisa tuvo miedo.

—Es mejor que nos volvamos—dijo á Juliana.

En medio de la calle de San Roque, reapareció el sombrero de paja, rozando casi el hombro de Luisa, dos ojos aviesos la miraron.

Luisa andaba sofocada; el *tic tac* de sus botitas resonaba vivamente sobre el piso: de repente junto á San Pedro Alcántara, salió de debajo del sombrero de paja, una voz melosa y brasileña que la dijo junto al oído:

—¿Dónde vive usted niña?

Luisa asustada se cogió del brazo de Juliana.

—No se asuste usted niña!.. ¿Dónde vive usted?—replicó la voz.

—¡So sin vergüenza!—exclamó Juliana.

El del sombrero de paja desapareció seguidamente entre los árboles.

Llegaron á casa con la mayor rapidez. Luisa tenía ganas de llorar: se dejó caer en el confidente desolada. ¡Qué imprudencia, irse de paseo con una criada! No se conocía. Recordó el día desde por la mañana; el *lunch*, el champagne bebido entre besos, las libertinas delicias de Basilio... ¡qué vergüenza! Ir á casa de Leopoldina de noche y ser tomada por

una de las del Barrio Alto. De pronto se acordó de Jorge, trabajando en el Alentejo para ella, pensando en ella... Ocultó el rostro entre sus manos, se odió á sí misma y se le humedieron los ojos...

A la mañana siguiente, se levantó contenta. Sentía, sí, vago rubor de todas las tonterías de la víspera y como sensato pensamiento de que no debía volver al *Paraiso*. Su deseo que la impelia á ir, la suministró razones: sería disgustar á Basilio. De no ir, debía romper... Además, la hermosa mañana atraía; había llovido por la noche, cedido el calor y en la luz y en el ambiente dulce frescura.

A las nueve y media bajaba por el Molino de Viento, cuando vió la digna figura del Consejero Acacio que subía la calle de la Rosa, lentamente con el quitasol cerrado y la cabeza enhiesta.

Se acercó en seguida y profundamente, inclinado, dijo:

—Feliz encuentro verdaderamente.

—¿Que tal Consejero? ¡Dichosos los ojos que le ven!

—¿Y usted, queridísima señora? La veo con buena cara.

La cedió la derecha solemnemente y echó a andar junto a ella.

—¿Me permite usted que la acompañe en su viaje?

—¡Con mucho gusto! Pero, ¿qué ha sido de usted? Tengo que reírle.

—Estuve en Cintra, querida señora. ¿No lo sabía usted? *El Diario de Noticias* lo dijo.

—Pero, ¿y después de regresar de Cintra?

—¡Ah!—repuso el Consejero—, he estado ocupadísimo, enteramente absoibido en la copilación de ciertos documentos indispensables para mi libro... cuyo nombre creo que no ignora usted.

Luisa no recordaba. El Consejero expuso el título, algunos nombres de capítulos y la utilidad de la obra: era la «Descripción pintoresca de las principales ciudades de Portugal y sus establecimientos más célebres».

—Es una *Guía Científica*. Un ejemplo: quiere usted ir a Braganza; sin mi libro es natural y seguro que vuelva usted sin haber gozado de las curiosidades locales; con mi libro recorre usted los edificios más notables y atesora un fondo de ilustración al mismo tiempo que se deleita.

Luisa casi no escuchaba, sonriendo vagamente bajo su blanco velito.

—¡Qué día tan agradable!—dijo.

—¡Agradabilísimo!

—¡Qué fresco hace aquí!

Habían entrado en San Pedro Alcántara; suave brisa circulaba entre los árboles. El suelo compacto y sin polvo mostraba aun ligera humedad, y a pesar del claro sol, el azulado cielo parecía lejano.

Habló el Consejero del estío: había sido horrible. En su comedor notó hasta 48 grados a la sombra... ¡48 grados! Y añadió sencillamente para disculpar aquella exageración canicular:

—Está muy expuesto al sur, hagámosle esa justicia; pero hoy está delicioso verdaderamente mi comedor.

Invitó a Luisa a dar una vuelta por el jardín. Luisa dudaba, y el Consejero, sacando el reloj y mirándole de lejos, dijo que no eran las doce. Iba con el del Arsenal, y era reloj inglés.

—Preferibles en mucho a los suizos—añadió con aire convencido.

Fuerte y enervada por la voz pomposa del Consejero, fué bajando Luisa, contrariada, las escalerillas del jardín. Tenía tiempo, pensaba, y si acaso, tomaría un coche.

Sentáronse en un banco. A través de los árboles veían, bajando en declive, oscuros tejados intercalados de patios, tapias con jardines y en el fondo el paseo extendía su masa prolongada de follaje, viéndose a trozos pedazos enarenados. Más allá las fachadas de la calle Oriental, vivamente iluminadas, hacían brillar los cristales; más lejos aún se elevaban repechos verdes, cortados por muros sombríos como el de la Encarnación y otras construcciones especiales: hasta el alto de Gracia, cubierto de edificios religiosos con filas de ventanas conventuales y torres; la Peña de Francia más lejos dejaba ver su tapia solitaria en que sobresalía una tira verdinegra de arbolado. Sobre el escueto monte se asentaba firme el sucio castillo; la línea quebrada de los tejados y ángulos de las casas de Mouraria y Alfama bajaba en bruscos recodos hasta las pesadas torres de Sé, de aspecto secular. Luego se veía un trozo del río lleno de luz y dos blancas velas que pasaban lentamente; en la opuesta orilla y al pie de una colina baja se extendía la fila de caseríos de blanco vivo. Subía de la ciudad un rumor lento y grave en que se mezclaban el rodar de coches y carros, la vibra-

ción metálica de las carretas que conducían hierro y algún agudo grito de vendedor.

—¡Hermoso panoramal—dijo con énfasis el Consejero.

Comenzó el elogio de la población. Era una de las más bellas de Europa y su entrada sólo comparable á la de Constantinopla. Fué en tiempos célebre emporio y era lástima que la canalización no adelantara y fuera tan negligente el municipio.

—Esto debía estar en manos inglesas—exclamó.

Pero arrepentido de aquella frase antipatriótica, juró que era “un modo de hablar.” Quería la independencia de su país: moriría por ella si fuera preciso; ni ingleses ni españoles.

—Nosotros solos, señora—añadió don respeto— ¡y Dios!

—¡Qué bonito está el río!—dijo Luisa.

Acacio murmuró con voz grave:

—¡Oh! ¡el Tajal!

Dieron una vuelta por el jardín donde flotaban mariposas blancas y amarillas; el goteo del agua en la fuente hacía ritmo al jardín; predominaba el aroma de vainilla y sobre los bustos de mármol y los macizos de dalias se posaban los pájaros.

Gustaba á Luisa el jardín, pero la desagradaban las barandas tan altas.

—A causa de los suicidios—exclamó el Consejero—y aun en su opinión disminuían en Lisboa lo que atribuía á la manera severa y loable con que los condenaba la prensa...

—Porque en Portugal, créalo usted señora, la prensa es un poder.

—Si fuéramos andando...—dijo Luisa.

El Consejero se inclinó y viendo que ella iba á cojer una flor, la detuvo vivamente.

—¡Ah, señora!—exclamó.— Los reglamentos están

terminantes. No los infrinjamus. El ejemplo debe venir de arriba.

Fueron subiendo y Luisa pensaba:

—Va hacia su casa; llegaré hasta Loreto.

En la calle de San Roque vió el reloj de una confitería: eran ¡las doce y media! Basilio esperaba.

Apresuró el paso y paró en Loreto. El Consejero la miró sonriendo y esperó.

—¡Ah! Pensé que iba usted á casa, Consejero...

—No; quiero acompañar á usted si me lo permite. ¿No soy indiscreto?

—¡Oh! De ningún modo.

Pasó un carruaje seguido de un correo de gabinete.

El Consejero se quitó el sombrero con un movimiento ansioso.

—¡El señor Presidente del Consejo! ¿Le ha visto usted? Me hizo una seña.

Y comenzó su elogio. Uno de nuestros primeros oradores, talento vastísimo, lenguaje castizo.

Iba á hablar de política; pero Luisa atravesó hacia los Mártires, levantando un poco el vestido, á causa de un resto de lodo, y se paró sonriendo en la puerta de la Iglesia.

—Voy á hacer una devoción, y no quiero hacerle esperar. Adiós. Consejero—dijo cerrando la sombrilla y tendiéndole la mano.

—¡Cómo señora! Esperaré, no tengo prisa.—Y añadió respetuoso.—¡Es muy loable esa religiosidad!

Luisa entró desesperada en la iglesia y se quedó bajo el coro pensando: “Me estoy aquí, él se cansa de esperar y se va.” Había luz velada, igual. Las paredes blancas, la madera limpia del presbiterio y las balaustradas laterales de piedra, daban á todo una entonación clara, de la que se destacaban los dorados de las capillas, el fondo obscuro de los con-

fesonarios y sobre el dosel color violeta, el oro del altar mayor lucía un fresco reposado. Un chico limpiaba discretamente el piso con un balde de zinc al lado; espaldas de beatas cubiertas se encorvaban aquí y allá, y un viejo de chaqueta rumiaba rezos de una melopea lúgubre; se veía su cabeza calva y las suelas enormes de sus zapatos, y a cada momento se inclinaba golpeándose el pecho con fervor.

Luisa subió hasta el altar mayor. De seguro que Basilio se desesperaba. Preguntó con timidez la hora a un sacristán. El hombre levantó su cara color de limón hacia una de las ventanas y dijo, mirando de reojo a Luisa:

—¡Muy cerca de las dos!

¡Las dos! Era capaz Basilio de no esperar. Tuvo temor de perder su mañana de amor y un punzante deseo de hallarse en el *Paríso*. Miraba confusamente a los Santos, a las Vírgenes traspasadas con espadas, a los Cristos llagados, llena de voluptuosa impaciencia, viendo el cuarto, la camita de hierro, el bigotito de Basilio... Se aguardó, a pesar de todo; quería cansar al Consejero, obligarle a irse. Cuando calculó que no estaría, salió despacio. Le vió en seguida en la puerta, prguido, con las manos atrás, leyendo las listas.

Empezó a alabar su devoción. La falta de religión era causa de la inmoralidad que corroía al pueblo...

—Es además de buen tono... Repare usted que toda la nobleza cumple religiosamente...

Se erguía satisfecho de bajar Chiado con una mujer tan hermosa y tan mirada. Al pasar junto a un grupo, se inclinó hacia ella misteriosamente, diciéndola al oído:

—¡Qué día tan hermoso hace!

La ofreció pasteles frente a casa, de Baltreschi, Luisa rehusó.

—Lo siento; también a mí me gusta ser arreglado en mis comidas.

Su voz tenía la impertinencia de un zumbido; Luisa, a pesar de no hacer calor, estaba sofocada, y la picaba la sangre en el cuerpo. Tenía impulsos de echar a correr; pero andaba despacio, como una sonámbula, con ganas de llorar.

Sin motivo, entró en casa de Valente; era la una y media. Dudó un poco, y pidió corbatas de foulard a un dependiente rubio y alegre.

—¿Blancas, de color, con motas?

—Veré.

No le gustaban, y miraba pálida en torno suyo. El dependiente le preguntó si estaba indispuesta, y la ofreció agua...

No era nada; el aire la haría bien, y salió. Solícito el Consejero, se ofreció a acompañarla a una buena farmacia a tomar agua de azahar. Bajaban por la calle Nueva del Carmen, y el Consejero afirmaba que el dependiente era muy fino. No le admiraba, porque había en el comercio hijos de buenas familias, y citó ejemplos; pero viéndola callada:

—¿Aun se siente mal?

—No; ya estoy bien.

—Hemos dado un paseo delicioso.

Fueron a Rocío, hasta el fin, y volvieron atravesándola diagonalmente. Por junto al Arco de Bandeira se acercaron a la calle del Oso. Luisa miraba en derredor desconsolada, buscando un escape, y el Consejero seguía disertando gravemente a su lado. Junto al teatro de Doña María se empinó hasta tratar cuestiones de arte dramático: creía que la pieza de Ernestillo era acaso demasiado fuerte. Por lo demás, sólo le gustaban las comedias. Y no era que no le entusiasmasen las bellezas de un *Fray Luis de*

Sousa; pero sólo cuando su salud le permitía las agitaciones fuertes. Por ejemplo...

Luisa tuvo una idea rápida.

—¡Ah, me olvidaba! Tengo que ir á casa de Vitry á que me empaste una rueda.

Interrumpido el Consejero, la miró. Luisa le tendió la mano, diciéndole rápidamente:

—Adiós, hasta más ver.

Y se precipitó en el portal de Vitry.

Subió hasta el primer piso corriendo, recogiendo-se el vestido; se paró jadeante y esperó: bajó despacio y miró á la puerta... La figura del Consejero se alejaba erguida y digna.

Llamó un coche.

—¡A escape!—dijo.

El coche entró casi á galope en la callejuela del *Paraiso*. Gente asombrada se asomaba á las ventanas. Subió palpitante... La puerta estaba cerrada, y se oyó la voz dulce de la dueña, que decía:

—Hace media hora que se fué.

Bajó, dió sus señas al cochero, y arrojándose en el fondo del cupé, rompió en llanto histérico. Abrió las cortinillas, se arrancó el velo y rasgó un guante, sintiendo violentos impulsos. La acometió frenético deseo de ver á Basilio, y tocando en el vidrio, gritó:

—¡Al Hotel Central!

Estaba en uno de esos momentos que suelen tener los espíritus débiles de delicia rabiosa, por despedazar conveniencias y deberes, y en que el alma busca el mal con estremecimientos sensuales.

El tronco paró, resbalando en la puerta del hotel. Don Basilio no estaba, pero sí el señor vizconde Reynaldo.

—Bueno, á casa, ya sabe usted.

El cochero arreó. Irritada febrilmente, Luisa, insultaba al Consejero:

—¡Estafermo, imbécil!

Maldecía la hora en que le conoció y á los demás amigos de su casa.

En la puerta vió que no tenía cambio para el cochero.

—Espere usted; ahora se lo bajarán—dijo furiosa.

—¡Qué local—murmuró el cochero.

Juana retrocedió al verla tan excitada. Luisa fué derecha á su cuarto: el *cuco* daba las tres. Estaba todo por arreglar: los tiestos en el suelo, el tocador cubierto con un trapo viejo, ropa suya por las sillas. Juliana, de pañuelo á la cabeza, barría, tarareando.

—Pero, ¿aun no ha limpiado usted el cuarto?—gritó Luisa.

Juliana se estremeció ante aquella inesperada cólera.

—Lo estoy haciendo, señora...

—Que lo hace, ya lo veo—replicó Luisa;—pero son ya las tres, y aun está esto así.

Había arrojado el sombrero y la sombrilla.

—Como la señora acostumbra á venir más tarde...

—¿Qué le importa á usted á la hora que vuelvo? Su deber es limpiar en cuanto me levanto, y si no lo quiere usted así, se le paga la cuenta y á la calle.

Juliana clavó en Luisa sus ojos, inyectados en sangre.

—¡Vaya, señora, que no aguanto más!

Y esparció con rabia la basura.

—¡Salga usted!—gritó Luisa. —¡Salga inmediatamente! ¡Ni un instante más en mi casa!

Juliana se puso delante, y dándose golpes en el pecho, dijo roncamente:

—¡Saldré, si quiero; sí, si quiero!

—¡Juana!—gritó Luisa.

Quería llamar á la cocinera, á un policía, á al-

güen. Pero Juliana, descompuesta y blandiendo el puño, siguió:

—¡No me saque la señora de mis casillas; no me haga perder la cabeza!—Y a través de sus dientes cerrados:—¡Sepa usted que no todos los papeles van al carro de la basura!—dijo.

—¿Qué?—exclamó Luisa retrocediendo.

—¡Que las cartas que la señora escribe a su amante, las tengo yo aquí!—gritó golpeándose con rabia el bolsillo.

Luisa la miró extraviadamente y cayó al suelo, desmayada, junto al confidente.

*
* *

La primera impresión que experimentó Luisa, fué que dos figuras desconocidas estaban inclinadas sobre ella. La más corpulenta se alejó, y el sonido de un frasco de vidrio, al ser colocado sobre el mármol del tocador, la hizo volver en sí. Una voz decía ahogadamente:

—Está mucho mejor. ¿La dió de pronto, señora Juliana?

—Sí, de pronto. La vi entrar tan sofocada... Pasos silenciosos pisaron la alfombra, y oyó la voz de Juana junto a su rostro.

—¿Está usted mejor, señora?

Fué volviendo á la clara percepción de las cosas: estaba tendida en el confidente y la habían desajustado el vestido; en la habitación se advertía un fuerte olor á vinagre. Se incorporó sobre un codo y mirando con aire vago, dijo:

—¿Y la otra?

—¿La señora Juliana? Se fué á acostar, porque tampoco se encontraba bien, de verla á usted así. ¿Está usted mejor?

Se sentó. Le parecía que el cuarto oscilaba levemente.

—Puede usted irse, Juana.

—¿No quiere nada la señora? Tal vez un poco de caldo la conviniere.

Sola Luisa, miró en torno, espantada.

Estaba todo en orden y las ventanas cerradas. Un guante estaba caído; se levantó torpemente, lo cogió, y estirándole maquinalmente, lo guardó en el cajón del tocador. Se alisó el pelo. Hallábase cambiada, con otra expresión, como si fuese *otra*, y el silencio de la habitación la impresionó extraordinariamente.

—¡Señora!—dijo Juana con tímida voz.

—¿Qué hay?

—El cochero.

Luisa se volvió sin comprender.

—¿Qué cochero?

—Un cochero; dice que la señora no tenía suelto y le mandó esperar.

—¡Ahl!

Y como la luz que súbitamente alumbró una decoración, así vió en un punto "su desgracia".

Temblaba tanto, que no acertaba á abrir el cajón de la cómoda.

—Me olvidé de él...— balbuceó.

Dió dinero á Juana, y cayendo sobre el confidente:

—¡Estoy perdida!—exclamó apretándose la cabeza entre las manos.

¡Todo estaba descubierto! Se le representó en su espíritu el furor de Jorge, el espanto de sus amigas, la indignación de unos, el desprecio de otras.

¿Qué la restaba?... ¡Huir con Basilio!

Aquella idea, la primera y la única, entró en su espíritu, lo inundó, como el agua que se desborda sobre un descampado.

¡Había jurado él tantas veces que serían felices en París, en su *reservado* de la calle Saint-Florentin!... Pues bien, iría. No llevaría maletas; pondría en un saquito de mano alguna ropa blanca y las joyas de su madre... Pero ¿y la casa, y las criadas? Dejaría una carta á Sebastián para que lo cerrase todo; llevaría para el viaje el vestido negro ó el azul. Nada más. El resto lo compraría lejos, en otras ciudades...

—Si la señora quiere comer...—dijo Juana, que traía puesto un delantal blanco.—La señora Juliana está acostada con el dolor, y dice que no puede servir la mesa.

—Ya voy.

Apenas probó la sopa. Bebió un vaso de agua, y levantándose:

—¿Qué tiene Juliana?—dijo.

—Un dolor muy fuerte al corazón.

¡Si muriese, se salvaría ella! Podría quedarse, y con perversa intención, exclamó esperanzada:

—Vaya usted á ver cómo está, Juana.

¡Había oído decir de tantas que habían muerto de un dolor! Iría en seguida á su cuarto á apoderarse de la carta. No tendría miedo del silencio de la muerte, ni de la lucidez del cadáver.

—Está más descansada, señora, y dice que luego se levantará. ¿No toma más, la señora?

—No.

Y entró en su cuarto murmurando:

—¿Para qué buscar arreglos? Sólo me queda la fuga.

Resolvió escribir á Sebastián, pero no acertó: "Amigo mío..."

¿Para qué escribir? Cuando viesen que no volvía, las criadas, *la otra*, irían á ver á Sebastián, el íntimo de la casa. ¡Qué susto se llevaría! Creería en un accidente, correría á la Encarnación, á la policía, esperaría hasta la madrugada... todo el día siguiente la esperaría, sufriendo decepciones terribles, hasta que por último telegrafiaría á Jorge. Y á aquella hora, ella, en un rincón del vagón todavía, entre el ensordecedor ruido de la máquina, correría hacia nuevos destinos.

¿Por qué se afligía? ¡Cuántas envidiarían su desgracia! Abandonar su estrecha vida, ocupada en vigilar asuntos de cocina y hacer el *crochet*, para irse con un hombre joven y querido á París, ¡á París!... Vivir en alcobas forradas de seda, con palco en la Opera... Bien tonta era afligiéndose; casi era una dicha aquel "desastre". Sin él, no hubiera tenido valor para romper con su vida burguesa.

Dignificaba aquel amor al huir. No se vería obligada á amar en casa y fuera de ella.

Tuvo intención de irse en seguida con Basilio, *acabar de una vez con aquello*, pero era tarde y temió á las calles obscuras, á la noche, á los borrachos...

Se puso á arreglar el saquito de mano. Metió en él alguna ropa blanca, pañuelos, el cepillo de las uñas, el rosario que le regaló Basilio, polvos de arroz y algunas alhajas de su madre. Quiso llevarse tan-

bien las cartas de Basilio, que tenía guardadas en un cofrecito de sándalo, en el ropero. Las esparció en el regazo y abrió una, de la que cayó una florecilla seca, y otra con el retrato de Basilio. De pronto creyó ver que no estaban todas; debía haber siete, cinco pequeñas y dos grandes; la primera tiernísima que la escribió y la última del día de la riña. Las contó... Faltaban, en efecto, la primera y dos de las pequeñas... ¡Ah, infame! Tuvo un acceso de rabia y quiso subir á su cuarto, luchar con ella, arrancárselas y anegarlas. ¡Qué importaba! Cayó anonadada sobre el confidente... ¡Una, dos, ó todas, la desgracia era la misma!

Preparó excitadísima el vestido negro que había de llevar, el sombrero, un mantón...

El *cuco* dió las diez. Entró en su alcoba, y poniendo la palmatoria sobre la mesa de noche, quedóse mirando el amplio lecho. ¡Era la última vez que dormiría en él! Ella bordó aquella colcha de *crochet* el primer año de su matrimonio; no tenía una malla que no representase un placer, Jorge iba á verla trabajar y la observaba sonriente y callado, ó la hablaba bajo, arrollando lentamente en los dedos el algodón, allí había dormido con él tres años, junto á la pared, que era su sitio; en aquella cama había pasado la pulmonía; durante tres semanas no se acostó Jorge, cuidándola, con abundancia de dulces palabras que tanto bien la hacían. Le hablaba como á una niña pequeña. "Esto pasará; mañana estarás buena y nos iremos á paseo." Pero, diciéndolo, lloraba; otras veces: "¿Estás mejor? ¡Dime que sí, que estás mejor!" Y deseaba ella ponerse buena de tal modo, que parecía que una ola vivificadora le refrescaba la sangre.

En los primeros días de su convalecencia él la vestía, se sentaba á su lado y leía novelas; dibujaba

paisajes ó recortaba soldaditos de papel... Muchas veces Luisa despertaba de noche y sorprendía á Jorge limpiándose las lágrimas, de alegría seguramente, porque ya estaba salvada; el excelente doctor Camintia lo dijo:

—Está fuera de peligro; ahora á reconstituir el organismo,—y Jorge, ¡pobrecillo! había cogido las manos del viejo al oírle y las había besado...

En cambio, ahora... ¡cuando regresaría y supiese... Ella estaría lejos, con otro, oyendo otra lengua. Y él allí, solo en casa, llorando abrazado al fiel Sebastián, viendo recuerdos de ella por todas partes para su tormento!

Se echó de bruces sobre la cama y rompió á llorar.

Oyó la voz de Juliana y se incorporó aterrada. ¿Vendría á verla aquella infame? Los pasos se apagaron y Juana entró con la lamparilla, diciendo:

—La señora Juliana se levantó un momento, pero dice que aun está tan mal, que se fué á acostar otra vez. ¿No necesita nada más la señora?

—No—contestó Luisa, desde la alcoba.

Se desnudó y durmió profundamente aniquilada.

Juliana no pudo dormir; se agitaba en el jergón con *el diablo del insomnio*, como tantas otras noches en aquellas últimas semanas.

Desde que cogió la carta vivía en continua fiebre. Dios se había acordado, al fin, de ella. Desde que Basilio empezó á frecuentar la casa, tuvo como una corazonada de que le había llegado su vez. Su primera satisfacción fué aquella noche que halló la almohada de Luisa caída junto al sofá. ¡Qué explosión de dicha, luego, cuando después de tanto espiar cogió la carta! Corrió arriba, la leyó ávidamente, y cuando vió la importancia de *la cosa*, se arrasaron